

—Su Majestad—nos dijo—*agradece vuestro saludo, os corresponde y os da licencia para retiraros.*

Todos nos miramos unos a otros. Luquitas, nuestro jefe de protocolo, callaba corrido y desconcertado. Y entonces Federico Abarrátegui se adelantó hacia el intérprete y con su humorismo y su repentización, esa *repentización extremeña que yo pondero siempre cuando me hablan de la andaluza, hizo un juego de palabras y hasta para ortografiarle denotó lo rápido y espontáneo del ingenio extremeño:*

—¡Alá te guardel!—dijo al intérprete—¡Ala! (y el que quiera que le ponga una hache), vámonos porque me parece que nos han echado de aquí.

Huelga decir que la carcajada que mereció la ocurrencia de «Polonia» contagió hasta al impecable Luquitas que rompió el protocolo calándose la chistera y ladeándola como un castizo para salir del vagón.

ANTONIO REYES HUERTAS

REFLEJOS

Yo veía en tus ojos fulgir chispas brillantes
en las horas sagradas de delirio amoroso
y en la magia suprema de tan dulces instantes
tuve el alto presagio de lo grande y lo hermoso.

¿Eran irradiaciones de la hoguera encendida
de mi Amor que al mirarte gozoso se inflamaba?
¿Era el fulgor radiante, la plétora de vida
que tu ingenua y joyante juventud emanaba?

Yo no sé lo que era. Sólo sé que al mirarte
se abrían mis entrañas. Yo quería besarte
con un beso infinito de infinita ternura.

Con el beso infame que acaricia la aurora
a la verde campiña que triunfal se colora
con los oros radiantes del sol de Extremadura.

JUAN LUIS CORDERO



Voces y expresiones viciosas

**Familiar no; pariente,
deudo o allegado, sí**

LA voz *familiar* tiene distintas significaciones, como veremos ahora. Familiar,

de *familiaris*, es lo que pertenece a la familia, ¡Qué invención más simpática es la familia!, como dijo el juvenil héroe de *Cabeza de zanahoria*. Al trato llano y sencillo se le llama *familiar*, y se dice de lo que uno tiene muy sabido, y del lenguaje natural y corriente. En todos estos casos lo usamos como adjetivo.

Como sustantivo ofrece numerosas acepciones. Criado o sirviente; paje de un obispo; Ministro de la Inquisición; demonio que tiene trato con una persona; coche de cuatro o más asientos, etc. Pero el único significado que no puede atribuirsele, es el más generalizado en boca de doctos e ignorantes, porque ¿quién no ha oído decir al hombre más conspicuo: «Los familiares del difunto están muy apenados», o quién no ha leído en letras de molde: «Damos nuestro más sentido pésame a los familiares del ilustre finado»?

Uno encuentra en la calle a un *familiar* de Fulano y le saluda muy cordialmente; otro aconseja que digan a los *familiares* de Zutano la gravedad de su dolencia; éste escribe en una invitación: «Puede Ud. venir acompañado de dos o más familiares»; y aquél pregunta: «¿Juan García es familiar suyo?»

Todos estos modos de emplear la voz *familiar* son incorrectos. Y como el mal ejemplo crece como el boabad o la mala hierba, se pega como la tiña y se propaga como el fuego, no hay literato, poeta, autor dramático, periodista, etc., que cuando tiene que referirse a un deudo, pariente o allegado, deje en los puntos de la pluma, como debiera, la palabra *familiar* y tire de cualquiera de estas otras.

Vamos a ver ahora en varios ejemplos tomados de clásicos y modernos, el adecuado uso de dicha voz.

«Yendo camino solo un rey de Castilla con un paje diligente que le había seguido, y familiar suyo». Juan de Timoneda. (*El Sobremesa y Alivio de caminantes*).

«Cuando Pompeyo volvió a visitarme, como no halló mi estatua ni a sus familiares, preguntó a los huéspedes por ellos; dijéronle como la noche antes habían salido de allí con los baúles no sabían adónde.» Mateo Alemán (*Guzmán de Alfarache*).

«Que si el diablo no puso allí aquellos doblones, que no los puso él, que me prendiesen porque tenía familiar.» (*Ibidem*).

«... y entre ellos Diego de Ordaz y otros familiares del Gobernador.» Antonio Solís. (*Historia de la conquista de México*).

«Sentóse en medio del tabladillo entre sus canónigos, caballeros y familiares...» Francisco Navarro Villoslada. (*Doña Urraca de Castilla*).

«Los canónigos, familiares del Prelado... todos acudieron a contenerle.» (*Ib.*)

«La visita fué larga y de conversación familiar». Antonio Solís. (*Historia de la conquista de Méjico*).

«... no sabemos si bastante o mejor para la claridad significativa del estilo familiar...» (*Ib.*)

No creo lector que te quede la menor duda sobre este particular. ¡Guerra, pues, a ese mal empleo de la palabra objeto de estas glosas, e imitemos a los escritores que, según suele decirse vulgarmente, saben por donde se andan!

«... adonde algunos allegados e mozos viles de la casa le hicieron un alarido desforme...» Fernán Gómez de Cibdareal. (*Centón Epistolario*).

«... que un pariente suyo tenía que la daría lo necesario para vestirse...» Castillo Solórzano. (*La Niña de los embustes*).

«... algunos de ellos me propusieron mis deudos, mas yo decía que harto moza era para casarme.» (*Ib.*)

«Ni pariente, ni habiente». Moratín. (*La comedia nueva*).

«El luto en las ropas,—amigos y deudos—cruzaron en fila—formando el cortejo.» Bécquer. (*Cerraron sus ojos*).

«No: soy pariente mayor de Aitor...» Navarro Villoslada. (*Amaya o los vascos en el siglo VIII*).

«... sin deudos, sin familia y hasta sin nombre propio...» D. Tomás Aguiló. (*El camino del cielo*).

Tan generalizado y enraizado está el mal uso de esta palabra, que no nos hacemos grandes ilusiones respecto de la buena acogida que nos presten los «del oficio»... Aunque no sea más que por aquello de que no hay peor cuña que la de la misma madera.

UN APRENDIZ DE HABLISTA

UN PROBLEMA CRITICO

PERSPICACIA

Para mi buen amigo Antonio Rodríguez-Moñino, catedrático de Literatura.

A Y E R

El escritor—Julio Monroy—se halla suspenso en su cuarto. No es que se encuentre pendiendo de algo, no. Lo que trae al presente suspendido este artista es el ánimo. Con la mejilla en el puño derecho, mira sin ver, un reloj parado. Pero él siente, sin pensar en ello, siente y advierte cómo adviene el tiempo, cómo aboca en nosotros a borbotones asonantados.

El artista está escribiendo. Ha poco hizo un intervalo. Piensa que tal vez no pueda proseguir, por ahora, el arduo empeño, el emprendido trabajo. Pergeña un ensayo, y, para continuarlo, le es preciso consultar, previamente, un libro bisono, un libro recién publicado.

El problema es nimio si se percata aislado. La ciudad en que vive Julio Monroy, es grande, y en sus librerías habrá, a no dudarlo, el tomo que precisa el escritor, el libro necesariamente consultable. El problema, insistiendo, es insignificante, mas para él tiene toda la magnitud de lo inabordable. No puede desprenderse—porque Julio Monroy no lo posee,—del dinero suficiente. Por otra parte, esperar implica siempre un retraso. ¿Y el trabajo comenzado? ¿Cuándo podrá terminarlo? La dilación pues, poco a poco, se va hipertrofiando. Pero, ¿y el ánimo? ¿Será vencido el ánimo por la penuria de numerario? Una solución, el préstamo, es desechada. Otra, comprarlo al fiado—si algún librero amigo se arriesga a entregárselo—es aventurarse a no poder pagarlo. El problema termina por absorber al artista y embargarlo.

—¿Otro libro? ¡No! Esta vez no te lo compro. Además, ¿para qué quieres tantos y tan raros?

El escritor está en presencia de su tía, y ante estos interrogantes, ha callado. Fácil, muy fácil le hubiera sido argumentarlos. Mas ha preferido velar silencio. El silencio, un silencio preñado de contenido, ha contestado. Y las preguntas se han sumergido en él, en el silencio, en un silencio intacto y prolongado.

Pero al fin ha sucedido lo que desde tiempo se viene repitiendo, hace años. La tía del artista se levanta, abandona la labor sobre el costurero y marcha a abrir un viejo bargueño que la sirve de despacho. El escritor, a su vez, se ha ido también incorporando. Como la escena es idéntica a otras anteriores puede decirse que, instintivamente, se viene ensayando. Y, como tantas veces, la acción es la misma y semejo el diálogo.